

TEOBALDO POWER

1848 – 1884



I CENTENARIO DE SU MUERTE



CONSEJERÍA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

OW
S

MARIA ROSELL GARCIA

TEOBALDO POWER
Y SU EPOCA



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

N.º Documento 255395

N.º Copia 877122

CONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

Al cumplirse el primer centenario de la muerte de Teobaldo Power, la Consejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, ha querido dejar constancia de tal efemérides organizando una exposición didáctica bajo el título «Teobaldo Power y su época».

Esta muestra no pretende ser exhaustiva ya que parte de la obra del músico está aún sin recopilar y no se encuentran objetos personales o por lo menos se desconoce su existencia.

Nos proponemos al realizar esta exposición continuar con la investigación de su vida y obra, profundizando en las hemerotecas y archivos en busca de los retazos de las más o menos largas estancias en Cuba, París, Barcelona, Lisboa, Madrid, etc. y completar en el futuro la biografía del que fuera ilustre músico, hijo de estas Islas.

Las páginas que ahora ofrecemos —que son el texto íntegro de la exposición didáctica a que nos hemos referido— son el resultado de unas semanas de búsqueda intensa en las hemerotecas de Santa Cruz de Tenerife y de la Universidad de La Laguna. De esas semanas de trabajo María Rosell, Licenciada en Historia, entresacó datos, leyó y releyó periódicos y revistas, separó material gráfico y elaboró estas páginas que hoy publicamos y que asimismo sirvieron para montar los paneles que se exhiben en la Casa de Cultura de esta Capital.

Con todo ello queremos aproximarnos a las raíces culturales de Canarias, dando a conocer, en mayor profundidad, a un hombre como Power y a la época que le tocó vivir, hombre y época que marcaron las pautas de los comportamientos musical y artístico de los que somos herederos.

ADRIAN ALEMAN
DIRECTOR GENERAL DE CULTURA

TEOBALDO POWER

Su vida

Nace Teobaldo Power y Lugo-Viña en la Plaza de la Constitución de Santa Cruz de Tenerife el día 6 de enero de 1848. Hijo de un funcionario del Gobierno Civil y pianista aficionado, su vida se desarrolla en un medio de interés musical tanto en su familia como en su sociedad. Era una época de creación de orquestas de aficionados que tanto en los salones de las sociedades culturales como al aire libre ofrecían sus conciertos y amenizaban los paseos.

Uno de estos lugares donde la Banda Militar ejecutaba diversas piezas ante el público era la Plaza donde Power vivía, y cuentan que éste, de niño, iba pintando en el suelo de su casa con una tiza, las notas de las melodías que escuchaba, llenando la sala de pentagramas.

Enseñado por su padre, ya que en Santa Cruz no existía entonces escuela de música, destacó muy pronto como pianista. Su primera actuación fue en una de las tertulias o veladas artísticas que, como preámbulo a la creación de las sociedades culturales, existían en las principales ciudades. En Santa Cruz el salón más frecuentado era el de Nicolás Alfaro, músico y, sobre todo, pintor importante; en él se presentó Teobaldo con nueve años, ejecutando la Fantasía de Thalberg sobre motivos de «La Sonámbula» y otras piezas complicadas para su edad. Esta aparición pública creó ya su fama de concertista precoz.

No fue más tardía su actividad como compositor, ya que en 1858, con diez años, aparece su primera partitura publicada en «El Instructor y Recreo de las Damas», una interesante revista que editaba Juan N. Romero y que solía acompañar a cada número una partitura. En ella publican también obras propias su padre, Bartolomé Power, y su tío Nicolás.

Esta imagen de niño artista y genio precoz dejó en esta ciudad a su marcha a Barcelona en 1858, donde fue destinado su padre como funcionario de la Diputación. Antes, y como despedida, ofreció su primera actuación pública en el Teatro, donde además de otras piezas, ejecutó una pequeña composición suya. Los periódicos de la época comentaban elogiosamente este concierto y le auguraban toda clase de éxitos, como Victorina Bridoux Mazzini hace en su poesía.

Con expectación recibe Barcelona a este niño pianista, y con entusiasmo y admiración se escriben las primeras crónicas de su concierto en el Teatro de la Santa Cruz a su llegada a la ciudad. Esta se encontraba en un momento de desarrollo de la cultura musical que favoreció de manera indudable su interés y su formación.

En diciembre de este mismo año viaja a Madrid y da un concierto ante un grupo de Profesores de la Escuela Nacional de Música y Declamación y otro en el palacio del Infante Francisco de Paula Antonio, gran aficionado a la música de Thalberg; la prensa madrileña de la época se muestra elogiosa y solicita su presencia en un teatro de la capital.

De su vida en Barcelona sabemos que fue alumno del Maestro Bartolomé Power, con quien estudió armonía y composición, y de sus progresos en los mismos. Este hecho motivó una beca de la Diputación de Barcelona para ampliar estudios en París. Allí permanecerá de 1862 a 1866; su paso por el Conservatorio Imperial de Música y Declamación, dirigido por el Maestro Auber, compositor de óperas francesas, será muy importante para su formación; estudia armonía, piano, contrapunto y fuga; tuvo como profesores a Elwert, Ambroise Thomas y Marmontel, éste profesor de piano también de Isaac Albéniz. Su expediente académico acumula cinco premios: 2.º Accésit de Armonía, 1.º Premio de Armonía, 2.º Accésit de Piano, 2.º Accésit de Contrapunto y Fuga y 2.º Premio de Contrapunto y Fuga. Dieciocho años tiene Power al finalizar sus estudios en París. Esta es en aquellos momentos uno de los centros musicales del mundo, donde la Opera es la actividad cultural más importante; allí aprende y se pone en contacto con la mejor y más avanzada música del momento, también recibe de sus maestros la influencia de Chopin, con quien tiene en común la dificultad de ejecución, el virtuosismo a la romántica de sus obras, y de Liszt, el creador de la inspi-

ración del folklore, de los cantos populares, cuyos resultados en Power todos conocemos y admiramos.

También aprende de sus maestros una didáctica de la música que no se solía ejercer en las escuelas de música españolas y que él incorporará a su cátedra del Conservatorio de Madrid, según se desprende de su Memoria de la oposición a esta plaza, renovando metodológicamente estos estudios.

También en esta época ha compuesto algunas obras, algunas sinfónicas, y una obertura para gran orquesta titulada «La Aurora» y dedicada a la Diputación barcelonesa en 1863. Esta obra fue presentada por la Banda del Batallón Provisional de Santa Cruz en el verano de 1864, durante las vacaciones de Teobaldo en nuestra isla. También interpretó él obras de Hummel, Thalberg y Beethoven acompañado por la orquesta de cuerda dirigida por su tío Nicolás. Toda la prensa de la ciudad comenta este concierto y se vuelca en elogios y pronósticos de gloria: «El Eco del Comercio», «El Fenix de Canarias», «El Guanche», todos se ocupan de él. Este último reproduce también en su ejemplar del domingo 23 de octubre un artículo del maestro Fargas y Soler, aparecido en «Diario de Barcelona», en el que valora muy positivamente el concierto que el artista da en Barcelona a su regreso de Tenerife, sobre todo la fuerza que imprimió a la ejecución de la pieza final: «El despertar del león» de Houstki.

A los dieciocho años Power ha finalizado su etapa de estudiante, que ha recorrido acompañado por los éxitos. También éstos le seguirán en sus otros dieciocho años de vida, ya como profesional: ésta fue marcada por su carácter aventurero, migratorio, excéntrico y genial según sus biógrafos.

Su vida errante de concertista la inicia en Cuba y otros países americanos. En La Habana, por mediación del Conde de San Rafael de Luyanó, entabló relaciones con Espadero y Aristi, seguidores de la escuela de piano de Gottschalk, quienes influyeron en su estilo y donde adquirió las cualidades de concertista que le definieron. Allí es condecorado con la Cruz al Mérito Militar. Vuelve a París en 1869 y dirige una compañía de ópera, con la que estaba en Poitiers en 1870 al estallar la guerra franco-prusiana. Vuelve a Barcelona y de ahí a Madrid. En esta época ha elaborado una opereta francesa sobre texto del escritor Denizet. A Amaro Lefranc debemos la reconstrucción del libreto, una vez perdido el original, y su estreno por el grupo «Escuela de Arte» en el Teatro Guimerá en 1948, con motivo del centenario del nacimiento del artista. Es, que se sepa, su segunda incursión en este género, ya que en su época juvenil había elaborado una zarzuela con texto de Plácido Sansón que se supone no finalizó.

En Madrid comparte las estrecheces y los escenarios del Café del Prado y Café Imperial con Tomás Bretón y el violinista Fortuny; pronto estos locales se convertirían en centro de artistas y aficionados, entre ellos un niño de doce años también músico: Isaac Albéniz, y un poeta asimismo pobre y bohemio: Gustavo Adolfo Bécquer. Así transcurrieron varios años en los que su agitada vida hicieron mella en su salud, pero que fueron fecundos en su creación y su arte. De esta época es un estudio serio sobre el piano, teórico, y varios conciertos en Madrid y otras ciudades peninsulares. Importantes sobre todo fueron los que dio en la capital, uno en el Salón del Conservatorio en 1873, que tantas ovaciones arrancó al público y en el que interpretó el concierto en fa menor de Chopin, acompañado de orquesta, una polonesa del mismo autor y otras piezas notables; y también el de inauguración de la Unión Artística Musical, sociedad creada y dirigida por Bretón en 1878. Este mismo año actuó en la Sociedad de Conciertos y viajó a París por invitación de su profesor de piano Marmontel quien lo presentó como su alumno predilecto ante su clase del Conservatorio. Época fecunda que como queda dicho debilitó su organismo.

Por consejo de su amigo el doctor Tomás Zerolo vino a fines de 1878 a Tenerife en busca de reposo y salud. Aquí encuentra un grupo de amigos, intelectuales activos que aglutinaban su actividad en torno a la recién fundada «Revista de Canarias». Ellos le acogieron y apoyaron, y prepararon su primer concierto de esta estancia en el Teatro de Santa Cruz el 15 de marzo de 1879. En el mismo acto fueron leídas por sus autores diversas poesías que la propia revista posteriormente publicaría; estos poetas eran: J. M. Pulido, A. Dugour, Ramón Gil Roldán, F. Fernández Bethencourt y Antonio Zerolo; todos cantaban al pianista y compositor. Para este concierto reúne Teobaldo Power algunos músicos dispersos, formando el núcleo de lo que posteriormente sería la «Sociedad Filarmónica Santa Cecilia».

A poco que su salud se restablece, vuelve a marchar, esta vez a la isla de Madera y Lisboa; allí, el rey D. Luis de Braganza, le nombra «Pianista de Cámara de su Majestad Fidelísima», pero eso no le retiene. Viaja a Málaga, y de nuevo, su enfermedad recrudescida, regresa a Tenerife.

Esta estancia en la isla es para Canarias un hito. Publica en «Revista de Canarias» varios artículos: «La Orquesta», aparecido en 1880, «El Arte del Piano», en 1882, y «Las Sociedades Filarmónicas en Santa Cruz de Tenerife» en el que trata de fomentar la unión de las dos Sociedades que en aquella época existían. Pero la importancia mayor de esta estancia para las islas es la de su labor como compositor. Motivado por una conversación con Elías Zerolo sobre los cantos populares canarios, Power en su retiro de Las Mercedes, compuso la obra más sentida por

los isleños: los «Cantos Canarios». Su presentación al público en agosto de 1880, con motivo de la inauguración del local de la Filarmónica «Santa Cecilia», fue apoteósica. Power mismo dirigió la orquesta que los estrenó; la Filarmónica le ofreció una corona de laurel con una poesía en honor que el artista recibió emocionado. Esta composición se inscribe en un sentimiento regionalista, de añoranza e idealización de la propia tierra que también conoce la literatura del momento, y que él asume introduciendo la partitura con los versos tan conocidos de Nicolás Estévez desde el exilio.

La repercusión que este estreno tuvo en la isla se manifiesta en los artículos que la prensa dedica al hecho: «Revista de Canarias», «El Espejo», «El Guanche», todos expresan la misma idea; para todos los canarios «aquellas armonías, dondequiera que las oigamos, nos traerán la imagen de la patria y despertarán en nosotros los recuerdos», en palabras de Francisco M. Pinto. Compuso la partitura para piano, probablemente también él la orquestó, pero la actual versión sinfónica que conocemos es obra posterior de Sabina.

Esta es una época de tranquilidad y retiro, de paseos laguneros y ensayos de piano en el salón del casino «El Porvenir», recién inaugurado y decorado por Marcelino de Oráa, en el edificio del palacio de los condes Valle Salazar, hoy Palacio Episcopal. Participa aisladamente en algunos conciertos: en La Orotava en 1880, en La Laguna, Santa Cruz en conciertos organizados por la «Santa Cecilia» este mismo año, pero sobre todo vive retirado y sumido en su arte. De esta estancia es también su boda en la Iglesia de San Francisco con su pariente Julia González Lugo-Viña el 7 de abril de 1879 que le acompañará hasta su muerte.

En abril de 1882 sale de su refugio y da un viaje por varias ciudades andaluzas: Granada, Córdoba, Málaga. En esta ciudad se asienta como profesor de su Conservatorio del que también serán profesores Albéniz y Castro. En Granada estaba cuando se convocaron las oposiciones al Conservatorio de Madrid; desde aquella ciudad redactó y envió la Memoria para participar en las mismas, en las que adoptó el lema «Cultivar las Bellas Artes es elevar los corazones» para conservar el anonimato del examen. Frente a 11 competidores de prestigio, las ganó en octubre de 1882, así como después la plaza de segundo Organista de la Capilla Real, lo que definitivamente y hasta su muerte lo afianzó en Madrid. Su clase de piano, un modelo de eficacia y renovación, según las líneas trazadas en su Memoria y según las opiniones de estudiosos de la música, no llegó a los dos cursos completos. Fue maestro de Miguel Campilloch, profesor a su vez de A. Rubinstein en Berlín. Su fama está en auge, las editoriales madrileñas comienzan a publicar sus partituras; el 6 de junio de 1883, se estrena en Madrid por la

«Unión Artística Musical», dirigida por el maestro Bretón, sus «Cantos Canarios», y aun en marzo de 1884 ofrece conciertos en la Sociedad de Profesores.

Pero muy mal ha de encontrarse ya, cuando el 16 de mayo de 1884 fallece en su casa de la Calle de la Reja, número 1, a los 36 años de edad, con todos los reconocimientos por parte de autoridades, público, alumnado, artistas. En su momento más fecundo como compositor, pianista y profesor. Su féretro es llevado de su casa a la Escuela Nacional de Música donde el director al frente del claustro y los alumnos lo recibieron con multitud de coronas de flores. A hombros lo llevaron a la Sacramental de San José donde estuvo enterrado hasta su traslado a Santa Cruz el 26 de mayo de 1923, donde reposan sus restos en la capilla del Apóstol Santiago de la Parroquia de la Concepción, bajo el pendón de la Ciudad, una pequeña lápida nos lo recuerda.

La prensa de Madrid y de Canarias se apresta a expresar la pérdida que para el arte supone su fallecimiento, la «Ilustración de Canarias» edita un número especial, necrológico dedicado al músico, recogiendo las crónicas que los diferentes medios publican, y diferentes artículos sobre él.

Su obra pianística según el artista Guillermo González, también catedrático de piano del Conservatorio de Madrid, está escrita con una técnica perfecta. En ella se aprecian influencias de Chopin, de Liszt, son obras virtuosistas, difíciles de ejecutar. Como indica Ruiz Tarazona, Power pertenece a la generación de románticos que preparó el camino a la llamada generación de maestros, encabezada por Falla y Turina, «frente al pianismo brillante con ambición de gran sala de conciertos, pero contenido de salón burgués del XIX, encontramos en Power una de las primeras aportaciones al nacionalismo de raíz popular».

Sus obras:

Polonesa-Mazurca (a los 10 años)
Malagueñas de concierto
Vals Impromptu Op. 3
Polonesa Op. 9
Scherzo de concierto Op. 10
Preludio «Tristeza»
Estudio de concierto «Expansión del Alma»
Capricho «En la aldea»
Barcarola «Ondina»
«Barcarola»
Melodía «Leonor»

Vals de Baviera
Gran Galop de Concierto
Melodía «Recuerdos del pasado»
Duo «Adiós»
Sonata en Do menor o «Gran Sonata de Concierto»
Vals de Bravura
Canción Española, pieza de Concierto
Vals Brillante
Obertura «La Aurora»
Opereta francesa «A Normand, Normand et demi»
Zarzuela inacabada sobre texto de P. Sansón
Cantos Canarios
Tanganillo, Estudio de Concierto
Stacato, Estudio de Concierto
Polca de Concierto
Preludio «Tristeza»
Capricho Romántico

Es posible además que pueda haber un número indeterminado de obras inéditas conservadas en los Conservatorios de Madrid, Santa Cruz de Tenerife y posiblemente en París. Estos datos están en estudio para su comprobación.

Su época

LA MUSICA

La aparición de un artista como Teobaldo Power en el Santa Cruz del XIX, responde no sólo a las cualidades personales que en él concurren. Este es, en opinión de algunos autores, el siglo más importante para el desarrollo de la música en el archipiélago. Su impulso inicial vino del exterior; dos figuras extranjeras importantes que se afincaron en las islas crearon las bases de este desarrollo: Benito Lentini, siciliano, en Las Palmas de Gran Canaria, y Carlos Guigou, francés, en Tenerife. Carlos Guigou fue compositor de obras para orquesta, banda, piano, violín, órgano, para canto, operetas y una Misa de Requiem en honor de su esposa. También escribió una obra teórica: «Tratado sobre el arte de la fuga», que el Conservatorio de Madrid adoptó en 1842. Guigou introduce en Tenerife el gusto musical francés, organizando en Santa Cruz conciertos ejecutados por centenares de músicos, uniendo las bandas de diferentes pueblos e incluso haciendo venir artistas de otras islas. Esta actividad pronto se encauzó mediante la organización en 1827 de la Orquesta de Cuerda de la Sociedad Filarmónica, que agruparía a diversos aficionados, entre ellos: Bartolomé y Nicolás Power, padre y tío de Teobaldo e hijos a su vez de Roberto Power, orga-

nista de la Iglesia del Pilar. J. P. Sansón, Virgilio Ghirlanda, Cirilo Truilhé, Nicolás Alfaro, Juan Romero, José y Felipe Ravina y, por supuesto, Carlos Guigou como director y sus tres hijos. Durante más de veinte años esta orquesta ofreció múltiples conciertos y fomentó la afición y cultura musical en la isla.

Paralelamente, también la música militar iba tomando cuerpo. Desde 1823 ha habido, con sucesivas interrupciones, orquestas de viento adscritas a diferentes cuerpos militares. En La Laguna se conoce la existencia de una banda dirigida por Eugenio Domínguez —gran músico cuya biografía conocemos por Nicolás Power, publicada el día del nacimiento de Teobaldo en «El Eco de la Juventud»— y otra en La Orotava dirigida por Lorenzo Machado y Ascanio.

En 1848 sabemos de la existencia de tres orquestas de viento: una dirigida por D. Manuel Rodríguez, buen clarinetista, otra por Rafael Bethencourt compuesta por unos 20 artesanos, y una tercera dirigida por Isidoro Domínguez, hermano de Eugenio; en total unos 100 ejecutantes de orquesta de viento que la revista «La Aurora» propone unir en una sola y grandiosa orquesta.

Además, existía la orquesta de cuerda de la Filarmonía con unos 40 componentes en este año. Todas ellas dando conciertos en paseos, teatros y posteriormente en los salones de las Sociedades. La música había salido de los salones aristocráticos y las catedrales e impregnaba la vida de la ciudad, dándose una mayor amplitud y difusión a este arte. Los salones burgueses ofrecen centros literarios y artísticos donde el piano era el elemento central. La música sinfónica, la música culta irrumpe en la calle y se inspira en ocasiones en la música popular moldeando el romanticismo regionalista del que Power forma parte. Hay también un interés intelectual sobre temas folklóricos contándose en la isla con la valiosa aportación de Bethencourt Alfonso, y sus trabajos sobre los cantos y bailes populares de las islas.

Las escuelas de música, antes ligadas a los Cabildos Catedralicios, se tornan laicas ampliando también su labor. La primera escuela de música en Tenerife fue la dirigida por Matías Guigou en 1878; a fines de siglo ya eran varias las que funcionaban y en los primeros años del presente siglo se municipalizó esta enseñanza.

La primitiva Orquesta Sinfónica acabó desapareciendo siendo reiniciada su actividad por los alumnos de Guigou a la muerte de éste, en 1851; diez años duró esta segunda etapa y por tercera vez se organizó en 1879 bajo los auspicios del «Círculo de la Amistad» presidido por Eduardo Calzadilla, que organizaba veladas musicales todos los jueves. Esta vez la orquesta fue dirigida por Francisco Guigou quien había esta-

do en París estudiando en el Conservatorio con Meyerbeer. El 31 de julio de 1879 es su primer concierto en La Laguna, y a fines de año redactan un nuevo Reglamento que publica la Imprenta Isleña en 1880 con una introducción de Miguel Villalba Hervás y Angel Crosa.

Al mismo tiempo otra Orquesta Sinfónica, la «Santa Cecilia», comienza sus actividades. Era dirigida por el maestro Juan Padrón y recibía ayuda municipal. A partir de 1882 comienzan sus conciertos en la Alameda de La Marina, con objeto de recaudar fondos para su local, que al fin se pudo inaugurar en 1886, sede del actual Parlamento, obra importante del arquitecto Manuel Oráa, con pinturas de Gumersindo Robayna y telón de boca de Eusevi.

La rivalidad entre Juan Padrón y los Guigou que generó la existencia de dos Sociedades Filarmónicas en nuestra ciudad fue valorada negativamente por Teobaldo Power en un artículo publicado en «Revista de Canarias» por entender que la dispersión de medios iba en detrimento de la calidad de sus producciones. Importantes no obstante fueron los conciertos ofrecidos por esta Orquesta, ofreciendo no sólo sus conciertos sino organizando también los de músicos de prestigio como los de Teobaldo Power, el violoncellista Cesar A. Casella y la arpista Esmeralda Cervantes, los cuales figuran entre sus socios de honor. La vida de las dos Sociedades Filarmónicas en lo que queda de siglo es altamente fructífera, participando en los años de 1883 con motivo del amarre del cable submarino, en los Salones de las Sociedades que por esos años proliferan en Santa Cruz y en fin en el Teatro y paseos de la ciudad.

Aparte de la actividad interna del Archipiélago, Canarias recibe en aquellos años importantes compañías de zarzuela: en 1878 la del tenor Aragón, en 1860 la del maestro Courtier, en 1880 la del maestro Casella, y por fin, en 1871 la primera compañía de ópera italiana con primerísimas estrellas. Esto indica que se seguía la mejor música de la época, con artistas de gran talla que influían de manera indudable en la formación de los músicos canarios y en general de la cultura musical de la población.

LA PRENSA

En el segundo tercio del s. XIX aparece la prensa en Santa Cruz de Tenerife con la edición de «El Atlante» en 1837. Es un primer momento de proliferación de periódicos y revistas, sin estabilidad en su publicación, tanto por falta de recursos como por trabas administrativas. Más de cuarenta periódicos y revistas diferentes se publican en el transcurso de este siglo, algunas de estas publicaciones con escasos ejempla-

res, otras, sobre todo las aparecidas más avanzado el siglo, con varios años de permanencia.

Los periódicos más importantes son: «El Fenix de Canarias», publicado en 1858, «El Eco del Comercio» publicado de 1852 a 1869 y dirigido primero por José D. Dugour y posteriormente por Miguel Vialba Hervás, «El Guanche» que se publica de 1858 a 1869. Ya en el último cuarto de siglo dos periódicos van a destacar; ambos son dirigidos por periodistas de prestigio y van a permanecer más de veinte años en la calle, éstos son: «El Memorandum» dirigido por José M. Pulido, publicado de 1874 a 1895, y «Diario de Tenerife» dirigido por Patricio Estévez que apareció de 1886 a 1917. En esta primera época del periodismo tinerfeño las publicaciones son, en su mayoría, un cuadernillo de dos hojas grandes que contiene notas, anuncios, reseñas de tipo «literario, industrial, comercial y de intereses materiales», como suele rezar el subtítulo de algún periódico. En ocasiones, en primera página, un artículo de fondo sobre estos mismos temas ilustra a sus lectores.

Pero la verdadera labor de difusión cultural y técnica corre a cargo de las revistas, publicaciones que alcanzaron gran nivel y profundidad tanto por los temas tratados como por los autores firmantes de los trabajos. Toda la intelectualidad isleña, que era entonces bastante nutrida, participa con artículos, poemas, traducciones de obras inglesas, francesas, suecas, y con estudios de tipo histórico o científico. También se conoce a escritores de fuera de las islas, encontramos artículos de Pi y Margall, Castelar, Masferrer y Arquimbau, Berthelot, relatos de Julio Verne, etc. Reseñaremos las publicaciones más importantes:

En 1842 aparece la «Revista Isleña» impulsada por Rafael Calzadilla y José P. Sansón, en 1847 «El Eco de la Juventud», y en este mismo año «La Aurora», con numerosos trabajos sobre la historia de Canarias, el teatro de las islas, la educación, etc.; esta revista era el órgano de las inquietudes de un grupo nutrido de intelectuales isleños: a la cabeza José Desiré Dugour, en la redacción las firmas de José P. Sansón, Ricardo Murphy y Meade, Manuel Marrero Torres, Ignacio Negrín, y la colaboración de Sabino Berthelot. En ella se publican los primeros grabados utilizados como ilustración en la prensa, son debidos a Cirilo Romero, que los realizaba en madera, y Francisco Aguilar en litografía.

De 1857 es una revista dirigida a la mujer, «El Instructor y Recreo de las Damas», con información sobre modas, cocina, y en la que se publicaban novelas y partituras de música compuestas por músicos de Santa Cruz: J. Guigou, Bartolomé, Nicolás y Teobaldo Power, Teresa Saurín, etc. Finaliza su edición con un Manual Enciclopédico, lo que indica un concepto de sus editores sobre la mujer bastante ilustrado para la época a que nos referimos.

Otro periódico literario dirigido por Dugour comienza su aparición en 1867: «El Museo Canario» con la colaboración de J. M. Pulido, Alfonso Dugour, Rafael Calzadilla y Jacinto Aparicio en la redacción. Es una pena que fuera tan corta su existencia, pues al año siguiente desaparecería. Diez años después se editaba la mejor revista del siglo pasado y gran parte de éste: «Revista de Canarias», dirigida por Elías Zerolo y con abundantes colaboraciones, entre otras las de Teobaldo Power con los artículos ya citados. Cuatro años estaría en la calle pues cerró en 1882, su vacío no pudo ser llenado por «El Ramillete Literario» de 1884, que en su presentación expresa la intención de seguir su línea; pero sí hubo otra revista de gran altura que además ofrece el atractivo de sus buenos grabados, nos referimos a «La Ilustración de Canarias» publicada de 1882 a 1884 y dirigida por Patricio Estévez. En cada número publica una biografía de un canario de prestigio acompañada del grabado de su retrato, precisamente la que contiene el número de XV es la de Teobaldo Power —publicada en vida del artista— firmada por el director de la revista. Edita además, a la muerte de Teobaldo Power, un número especial dedicado a comentar este hecho que contiene: un artículo de Francisco M. Pinto, versos de A. Manly, Puerta Canseco, Gil Roldán, A. Zerolo, M. Pulido y Gil Gutiérrez. También recoge una selección de la prensa de Madrid y el archipiélago en que se comenta el fallecimiento. Ya no habrá en lo que queda de siglo ninguna otra revista de tanto prestigio y calidad.

BELLAS ARTES

A principio de siglo sólo existía en Tenerife una escuela de dibujo, estuvo situada en La Laguna hasta 1835, fecha en que se trasladó a Santa Cruz. Dependía primeramente del Real Consulado del Mar y posteriormente de la Junta de Comercio, en ella ejercieron sucesivamente como profesores: Luis de la Cruz, José Ossavarry, Luis Gos y finalmente Lorenzo Pastor. En 1846 un grupo de aficionados, a impulsos de Pedro Maffiote, fundan la Sociedad de Bellas Artes que, con más amplitud de miras que la vieja Escuela de Dibujo, formarían también en pintura, escultura, grabado y arquitectura. Son, en un principio, alumnos y profesores al mismo tiempo sus socios; al año de su creación ya se presentan en exposición pública sus obras: 68 pinturas, muchas de ellas de Nicolás Alfaro, que el semanario «La Aurora» comenta. El material didáctico con que contaba este grupo de entusiastas artistas era bastante escaso, Pedro Maffiote facilitó varias obras de arte para sus ensayos e igual donación efectuaron el jefe Superior Político y Sabino Berthelot, quien incluso hizo un pedido de pinturas a París para ayudar a estos jóvenes pintores. Tradujeron ellos mismos del francés la obra de Thénot sobre perspectiva y se confeccionaron sus propias pinturas y pinceles.

En 1850 se funda la Academia Provincial de Bellas Artes con Lorenzo Pastor como director y profesor de dibujo, Fernando Estévez de modelado y vaciado y Pedro Maffiote de Aritmética y Geometría. Eran también académicos José Lorenzo, Manuel Oráa, Francisco Clavijo, Cirilo Truilhé y Nicolás Alfaro, entre otros. De su labor docente nos hablan las obras de quienes fueron sus alumnos: Filiberto Lallier —alumno de Nicolás Alfaro—, Valentín Sanz —alumno de Gumersindo Robayna— y Manuel González Méndez. Pero no obstante sus logros, en 1869 cerraba sus puertas por penuria económica. Las exposiciones que posteriormente se hicieron fueron organizadas por la Real Sociedad Económica de Amigos del País en su mayoría. Finalmente en 1880 se estableció la Escuela Municipal de Dibujo que vendría a reanudar la enseñanza artística en Santa Cruz.

Una gran exposición se realizó este mismo año de 1880 en el Teatro de la ciudad: 314 obras entre cuadros, cobres, dibujos, esculturas y otros objetos artísticos. Estaba formada por los fondos de diversas colecciones particulares: la de Dositeo Cúllen, la de la familia Castro de La Orotava y la de Berthelot; por parte de los artistas canarios hay cuadros de los mejores pintores del momento. Pero la importancia mayor era las firmas de artistas como Leonardo de Vinci, Rafael, Ribera, Murillo, Velázquez, Van-der-Vide, Van-Dick y un largo etcétera que hicieron de la muestra el acontecimiento artístico más importante en mucho tiempo. Remarcó esta importancia la actuación de la Filarmónica, dirigida por F. Guigou, y la Banda del Batallón Provisional en el día de la inauguración.

La Sociedad Económica siguió patrocinando diversas exposiciones; de la que se realizó en 1883 tenemos los grabados que «La Ilustración de Canarias» publicó reproduciendo algunas de sus obras. Son cuadros que hoy pueden admirarse en el Museo Municipal de Bellas Artes como «La Miseria» de Robayna y algunos paisajes de Alfaro, de Lallier o de Truilhé.

LAS SOCIEDADES CULTURALES

En un periodo como el descrito, en que afloraban diversas tendencias literarias y artísticas y que existía tanto interés en promocionar la cultura, forzoso es que se crearan, como así fue, centros que aglutinaran estos intereses. Poco antes de mediar el siglo comienzan a constituirse: de 1840 data el Casino que en aquella primera época llevaba el nombre de «Centro de Lectura y Recreo». Dos años más tarde se constituye el «Liceo artístico y literario» instalado en el Teatro de la calle de la Marina que, a pesar de sus interesantes propósitos y de la valía de sus directivos —José López de Vergara, Carlos Guigou, Cirilo Truilhé y Pedro M. Ramírez— desaparece rápidamente.

Otra sociedad: «El Recreo, sociedad de patriotas e instructiva de artesanos» nace en 1855, el mismo año en que aparece «El Progreso»; ambas con fines y actividades similares como las clases para jóvenes sin recursos, fiestas de sociedad, van con el tiempo a fusionarse en una nueva sociedad «El Círculo de Amistad». Esta unión hizo que este centro ocupara un lugar importante en la vida cultural santacrucera. De corte democrático y popular, impulsó y difundió el teatro creando un grupo dramático propio y escenificando obras de producción isleña, muchas de ellas de Dugour. La música no fue una actividad menos atendida, destaca la creación del «Orfeón Clavé» dirigido por el maestro Torras.

En 1864 surge de nuevo, ya que antes había habido un par de intentos de constituirse con más o menos fortuna, la Real Sociedad Económica de Santa Cruz, centro al que ya nos hemos referido al hablar de las exposiciones de pintura que organizó. Pero no fue ésta su única actividad: había cinco secciones: agricultura, comercio, ciencia y Bellas Artes, industria e instrucción popular; reunió además una gran biblioteca, la mayor de su tiempo, con 3.000 volúmenes. Pervivió hasta principios de este siglo en que fue languideciendo lentamente.

En 1868 se crea el «Gabinete Instructivo», agrupaba a intelectuales de diferentes ideologías políticas con la misión de «dar impulso a la instrucción por medio de la comunicación mutua de ideas expuestas en discursos escritos u orales». Su influencia como aglutinador de todas las inquietudes del momento es manifiesta, tanto que se conoce a sus hombres como la «generación del Gabinete Instructivo»; sirvió de tribuna para la discusión de todos los problemas de la ciudad, y para trazar la solución de los mismos. Entre sus muchos logros está la creación de la Institución de Segunda Enseñanza, ésta fue inaugurada en 1876 e instalada en los locales de otra nueva sociedad «La Tertulia», situada precisamente en la misma casa en que nació Teobaldo Power, en la plaza de Candelaria número 9. El problema de la enseñanza fue la principal inquietud del Gabinete y muchos de sus miembros profesores de diversos centros. Estos hombres impulsaron de manera notable la vida de la ciudad: son los hombres de la luz, el tranvía, el telégrafo, de la «Santa Cecilia» y de la primera biblioteca pública. No se puede decir más de una generación.



BI
781
RC
tec

ULPGC BIV